

Christine Hüttinger, *Cronología de los sentimientos*

GABRIELA DOMÍNGUEZ CÁRDENAS

Empecé a leer *Cronología de los sentimientos* en la playa. Fui a Oaxaca a pasar Año Nuevo con mi hermana y, como siempre que voy a la playa, me llevé un par de buenos libros. Quizá es difícil pensar que la mente pudiera ser capaz de hacer algún tipo de sinapsis en medio del calor y teniendo las olas en frente; y, sin embargo, tras un par de páginas yo ya estaba en alguna montaña, lejos del calor, o en alguna congestionada calle neoyorkina. El libro me absorbió y la única forma de constatar que, en efecto, estaba en la playa era tomando el coco que tenía al lado, cada tantas páginas.

Este libro de cuentos, relatos, momentos... me resultó perfecto para un viaje justo por su heterogeneidad. Hay pautas para esta variedad de relatos. El mismo título nos las da: "Cronología de los sentimientos", ¿qué puede haber más contradictorio, variado y cambiante que los propios sentimientos? Los sentimientos cambian conforme vamos creciendo, evolucionan. Un día estamos enamorados de una persona y luego estamos recordando con nostalgia todas las locuras que hicimos por ella y que ahora no son más que una buena historia.

A veces los sentimientos te llevan a hacer locuras o hacen que te confundas más, y tratar de desenredarlos te puede llevar a ponerte la mochila al hombro y emprender un viaje sola en busca de no sabes qué. Son algo incontrolable que a veces dejamos que nos rijan a pesar de nuestro mejor juicio. Si bien, esta palabra está al lado de otra con una connotación más ordenada y lógica: cronología. Hay un orden dentro de los sentimientos pues, ¿qué podría tener más lógica que el tiempo? Por lo menos en nuestra



CHRISTINE HÜTTINGER
Cronología de los sentimientos,
México, Porrúa, 2015.

cultura occidental. El paso del tiempo es inexorable. Los sentimientos que tenías, no los volverás a tener nunca más de la misma forma porque cuando algo sucede, este hecho genera un cambio en ti que inevitablemente conlleva una madurez. Esta conjunción de ideas en el título me pareció hermosa y atractiva.

Cronología de los sentimientos empieza, como su nombre lo indica, de forma cronológica. Un narrador es testigo de los primeros pasos de un niño. Es un narrador en tercera persona, quizá porque esas sensaciones son ya demasiado ajenas en la adultez. Uno tiene que hacer un esfuerzo por recordar cómo se sentía tener que subir la cabeza de forma automática para ver el mundo o levantar la mano para que alguien más la tomara y te guiara. Ni el lector ni el narrador logran recuperar esos primeros recuerdos, pero al final se atisba un principio de comprensión, el cual es la entrada a ese mundo de sensaciones infantiles.

A continuación se nos presenta la niña de las trenzas, quien te invita a su mundo. Un mundo donde la muerte y las ranas acechan en medio de praderas, túneles oscuros y cocinas antiguas. Una y todas las historias de la niña de las trenzas son un constante vaivén. Como las olas, el narrador se acerca y se aleja. A veces habla en tercera persona y a veces en primera, porque así son los recuerdos, porque así son las historias, incluso las propias. A veces podemos verlas con una nitidez impresionante y otras veces se nos aparecen borrosas y desfiguradas. Asimismo, esta imprecisión se debe en parte a que los relatos se enfocan en la niña de las trenzas. La forma en la que los niños ven el mundo no es igual a como la vemos los adultos. Las cosas de diario tienen un tono distinto para ellos. Un paseo en una colina puede resultar el paseo más maravilloso y generar las sensaciones más increíbles. Por eso no debe ser ninguna sorpresa que ellos vean los temas más vitales de una forma tan distinta, como lo son la muerte y las relaciones humanas.

Siempre creemos que los niños no pueden comprender la muerte tan sólo porque la entienden de una forma distinta, que de entrada no es muy esclarecedora. El mundo de los niños está lleno de símbolos e imágenes que se quedan clavadas y que te acechan hasta cuando ya dejaste de serlo hace mucho tiempo: “Sentaron a la pequeña encima de la estufa no encendida. Pero se dieron cuenta de que faltaba una agujeta. La niña estaba sentada en la estufa fría, el suéter a medio abrochar, un zapato atado. Allí estaba sentada, y el abuelito no volvería jamás”.¹

Además de lo anterior, algo singular permea este ciclo de historias de la niña de las trenzas: la falta de nombres propios, fechas y lugares específicos. Pareciera el verano de una sola niña, mas la falta de más detalles le confiere un aire de a-historicidad. Y, entonces, podría tratarse de este verano o de uno de hace 7 o 20 años. Podría ser una o varias niñas en diferentes países poblados de montañas. Todo este ciclo parece culminar en el sexto cuento, en el cual lo a-histórico toma tintes de fantástico hasta convertirse en un cuento de hadas con un final inesperado.

Conforme vamos avanzando en la lectura de la obra, pareciera que nosotros como lectores vamos dando un paso tras otro. Un paso, otro paso más, en el camino de la vida. Ahora, las reflexiones son diferentes, si bien la complejidad nunca disminuye porque los problemas van a la par que nuestra madurez.

El mundo de los adultos es un mundo chusco y raro en el cual debemos encarar nuestros peores temores como tener que sobrevivir o relacionarte en un país cuyo idioma no entiendes o darte cuenta de que te distanciaste de una amiga o tener que huir con poca elegancia de un insecto horrendo. Son episodios por los que todos hemos pasado, son momentos que podemos saborear por asequibles. Quién no se ha preguntado “¿tomé el camino correcto?”, o “¿acaso erré en aquella bifurcación?”

Ciertas partes del libro se antojan como una introspección a la que se invita al lector. Es un autocuestionamiento al mismo tiempo que una evaluación de lo acontecido. Y este autoexaminarse hace que el lector haga lo mismo a su vez y este “tratar de descifrarse” es lo que finalmente te cautiva. Impresiona esta honestidad en los relatos y en lo que a las relaciones humanas se refiere. En algún momento la autora reflexiona: “Me di cuenta de que no me podía explicar. Dos personas que se conocen y se quieren, que han compartido una parte de su historia, que se buscan, a veces no se encuentran”.² A veces, ser adulto es darte cuenta de que ya no eres quien eras y tampoco las personas a tu alrededor. Que a veces un muro te separa de alguien que era como un hermano o una hermana para ti. Que, a veces, las experiencias de la vida te llevan por otros caminos que otros no pueden comprender porque no han transitado y que tú no puedes explicar, porque son, más que nada, sensaciones.

Pero, como todo, después de ir y venir y tras sentarse en un sillón a contar tus traumas mientras te preguntas si el psicólogo está, en efecto, atento a lo que dices, el libro llega a su fin: la muerte. La muerte es el fin del tiempo, por lo menos para la persona en cuestión, y es el fin de la cronología. Y la que nos presenta Christine es una muerte clínica, visceral, inconexa y, extrañamente, insensible. El fin de los sentimientos debe ser, por necesidad, la insensibilidad.

Cronología de los sentimientos es un libro humano, sensible, que experimenta, que se atreve. Es un paseo por unos momentos contados con un hermoso uso del lenguaje, que te lleva como el oleaje.

Notas

¹ Christine Hüttinger, *Cronología de los sentimientos*, México, Porrúa, 2015, p. 8.

² *Ibid.*, p. 50.